



Renterianos en Gredos

Por donde pisa "LA CAPRA HISPANICA"

Avila del Rey. El tren ha parado. Y ha terminado el sueño. Un sueño que, cuando se hacía bueno, ha sido interrumpido por el frenazo del tren. Nuestro pueblo queda muy lejos. Muchas horas han transcurrido desde que lo abandonamos.

El fresquito de esta madrugada abulense refresca nuestras cabezas y aleja el sueño con escalofríos de destemple. Necesitamos de ojos afilados para ver cosas que antes nunca vimos. Nuestras mochilas pesan un horror. Me parece que la cigüeña, que curiosa desde una torre, se ríe. Una risa de cigüeña, de todas formas, no puede ofender a nadie.

A las seis y cuarto de la mañana, en Avila, como en el resto del mundo, está cerrado todo. Todo menos una providencial churrería. Adentro. Unos churros flacos y morenos que fueron fritos en un aceite infernal, desaparecen al momento. Si llegan a ser buenos...

Calles y casas con sabor de otros tiempos. Casa de los Dávilas, Convento de la Encarnación, El Tostado, Reyes Católicos, Caballeros, Plaza de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Comuneros de Castilla, en fin, historia de España a porrillo. Damos la vuelta a las murallas. El sol arrea ya de lo lindo. Hasta los vencejos, nubes de vencejos, parece que vuelan más lentamente a causa del calor. Pero no por eso hablan menos. Serán vencejas.

En la Plazuela de la Santa, se asan las piedras. Más abajo, un guardia de la circulación, con barba de cuatro días, abandona sus quehaceres y se resguarda en la falda de la muralla. Los automovilistas que se maten. La cosa es no pescar una insolación. Y aprovecha la ocasión para charlar con un ensombreado jinete que cabalga, casi, sobre el rabo de un borrico con más huesos que un cementerio. Al borrico lo meten, nada menos, en una «Clínica-Herradero». ¿Operación de píloro o herraduras?

Y seguimos caminando. Cruzamos el Adaja. Un agua sucia forma un cauce de veinticinco centímetros de ancho. En los «Cuatro Postes» jugamos a las cuatro esquinas para aprovecharnos de las cuatro sombras. Uno se queda sin sombra, porque somos cinco. Pepito aguanta todo. En la fuente «La Peroles» tomamos una sopa muy a punto: templeadita. Una mocita, propietaria de un rojo botijo, nos dice que ponen éste junto a la ventana y que el agua se refresca muy bien. Bueno. ¿Y un coscorrito de hielo? Opinamos que, además de la ventana, le iría muy bien también.

Dejamos las afueras y volvemos intramuros. Avila ya no aparece tan vacía. El guardia sigue en la sombra. La cigüeña en la torre. Y en las calles, sol y calor. Y más gente. Es hora de pensar en comer. Mientras lo pensamos, topamos con Casimiro. Nuestro amigo Casimiro, el mejor de los cicerones y, desde luego, el más amable. Él nos hace ver la necesidad de encargar cuanto antes los billetes para el autobús que nos ha de llevar a Hoyos del Espino. No hay billetes. Pero gracias a nuestro amigo, los hay. Uno deberá ir de pie. Pero eso no importa. Nos relevaremos.

Aunque ya tenemos un voluntario para ir de pie: Pepito. Ya tenemos los billetes. Ahora a comer. En el cristal de un restaurante leemos: «ancas de rana». A por ellas. No las hemos catado nunca. Y después de salir del restaurante seguimos sin catarlas. En Casa Patas, no había ancas.

Más calor... y hacia el autobús. Dentro del vehículo la atmósfera es bochornosa y suda hasta un americano flaco y rubio que ocupa, precisamente, uno de nuestros asientos. Tiramos de amabilidad y le dejamos que continúe donde está por aquello de la hospitalidad, la simpatía, etc. El autobús se pone en marcha. Vamos hacia Hoyos del Espino. Carretera polvorienta y pueblos de nombres pintorescos: La Colilla, La Hija de Dios,... y la Venta de La Rasquilla. Aquí, parada obligada para que cada uno haga sus cosas. Agua fresquísimas en esta Venta, aunque parezca mentira que en un horno infernal, como éste, pueda hallarse algo fresco. Bocinazos y al autobús. Dejamos la carretera que va a Arenas de San Pedro, y tomamos la de la derecha, que es la buena. Cabezadas, sueñecitos a salto de bache y, entre despertar y dormir, vamos pasando por pueblecitos de aire veraniego: San Martín del Pimpollar, Navarredonda, el Parador Nacional de Gredos y, por fin, Hoyos del Espino.

Llevamos ya un rato hablando de Gredos. Hace más de una hora que descubrimos cómo los picos del Circo rascan el azul de este cielo limpio de nubes. «Ese debe ser el Almanzor y aquellos Los Hermanitos. El Risco del Güetre el de la derecha». No acertamos ni uno.

El autobús ha pegado, para nosotros, el último frenazo: Hoyos. Pero aún nos quedan doce kilómetros de carretera polvorienta para llegar a la Plataforma, desde donde empieza el verdadero camino de montaña. Gestiones para fletar un autobús. Pegas: mucho peso. Condiciones: que no pase el cargamento, entre personas y mochilas, de dos mil kilos. Pasamos. Pero por fin el chófer, que si se hubiera afeitado aliviaría bastante el peso del cargamento, dice que bueno. El autobús es de antología. Y los asientos una exposición de muelles, arpilleras, crin y... ¡cran! Gracias a unos hermosos agujeros del piso del «car», disfrutamos en el interior de una polvareda a cuyo lado quedan chicos los «simouns» del desierto. El ukelele de «Pichi», el burgalés, anima el ambiente. Y de pronto, un puente. Silencio. Mil kilos de peso máximo es lo que aguanta. Acelerón... ¡ujujú! ¡aufi!... Hemos pasado. El chófer pregunta si después de pasado nosotros ha caído el puente. Miramos, y no. El puente sigue allí. (Y el Ángel de la Guarda también.) Le hace falta para la vuelta. Por eso. Más polvo aún, vacas negras. Plataforma y fin del viaje. Ajustamos cuentas, que no son muy grandes, y nos despedimos del chófer deseándole un buen afeitado y muy buenas tardes. Y, por fin, mochila a la espalda.

No se ven cabras. No vemos más que a un francés, con martillo de geólogo, que grita hacia unas peñas entre las que debe ocultarse algún amigo suyo. Pendiente bastante rápida, pero corta, y estamos ya en el Refugio del Club



Los del "Urdaburu" en el pico de Axpe, con la Collarada al fondo. (Pirineo oscense.)
Esta fotografía de A. Leibar obtuvo el primer premio en el concurso organizado por el G. M. U. el pasado Enero.

Alpino Español. Somos los primeros en llegar de los asistentes al XVI Campamento Internacional de Alta Montaña que organiza la Federación Española. Es sábado y no sabemos dónde se va a celebrar la misa mañana. Puede que aquí y puede que en la Laguna Grande. Como el cura tiene que pasar de todas formas por aquí, decidimos acampar en las inmediaciones del Refugio y montamos las tiendas.

Y hacemos la cena. Queremos hacerla, mejor dicho, pero el hornillo no funciona como debiera y el agua para la sopa no hierve ni a la de diez. Chorizo crudo de primer plato. Y de segundo. Y de postre sopa, que nos han servido nuestros amigos de Vitoria. A dormir. El que pueda, claro. Vacas, vacas, vacas, vacas. Y todas negras. Comen hierba, cuerdas, papeles. Resoplan como vacas que son y remojan la hierba con ruido y caudal de manga de hombrero. «¡Vaca! ¡Vete, vaca!», chillamos a menudo. Que si quieres. Aquí, la vaca es la reina de la pradera. Y nosotros unos pobres gusanos que intentan dormir debajo de un pedazo de tela. Entre un ¡tolón! ¡tolón! continuo y docenas y docenas de resoplidos junto a nuestras caras, llega la mañana. Allí siguen las morenas que nos han dado la serenata. Y el té. Muy entrada la noche, han pasado junto a nuestras tiendas el Páter y su séquito. La misa la celebrará, según nos informan en el Refugio, en la Laguna Grande hacia las once.

¡Laguna Grande de Gredos!... lugar de maravilla. Misa cerca de Dios. Ante un altar que hizo Él mismo. Las velas

se apagan a menudo. Pero en el maravilloso retablo del fondo del Circo, cirios enormes con nombres de Hermanitos, de Riscos, se mantienen enhiestos y en constante oración. Hay columnas, enormes moles graníticas, que sostienen una bóveda de azul immaculado. Gerardo tira una foto para recuerdo. Será buena, como todas las suyas. Después de unas palabras de don Rosendo, la misa continúa. No hay campanilla. Uno de los monagos —llamarles monaguillos sería excesivo piropo— toca un pito que podría sonar a penalty. Pero aquí suena a que se acerca Dios. Y viene. De rodillas, en la hierba, le adoramos. Los riscos parecen estar más quietos y erguidos que de costumbre y le rodean con amor de granito.

La misa ha terminado. Confraternización por el Campamento. Charlamos con montañeros de casi todas las regiones españolas. Todos abrigamos parecidos proyectos. Y nos vamos a comer para estar en forma en nuestra primera ascensión: el Morezón. Que, por cierto, lo tomamos por camino —¡je!— más propio de «capras» que de personas. Y lo es, porque aquí vemos por primera vez estos bichos, reyes de Gredos, únicos ejemplares de su especie en el mundo, según dicen. Los pobres han visto turbados el silencio y la paz de sus dominios por una variopinta colección de montañeros. Mi amigo Gerardo las ve el primero. La ve, mejor dicho. Porque la primera es una «capra» exploradora. Al poco rato aparecen unas más y luego otras más. Perma-

necen quietas, observándonos, inmóviles. Las hemos visto aparecer como dos rebaños y ahora forman uno solamente. Un rebaño de estatuas vigilantes. Y de pronto, escapan. Las peñas tienen que sentirse acariciadas por esas pezuñas que apenas las rozan. Dicen que, actualmente, en el coto de Gredos habrá unos dos mil ejemplares de «capra hispánica». Nosotros hemos visto, juntas, unas veinticinco. Nos damos por satisfechos. No todo el que viene por aquí las ve. Un guarda nos dijo unas horas antes, que era posible que hacia las siete las viéramos en el Morezón. No se ha equivocado por mucho. Son las siete y cuarto. Unos soles de cabras.

Y continúan las ascensiones. Los Tres Hermanitos, Almanzor, Risco Moreno, Risco del Güetres, Canchal de los Huertos, Cuchillar de las Navajas, Cervunal, La Mira, son ya conquistas del «Urdaburu» renteriano. Nuestros escaladores se lucen y dejan bien sentada su categoría entre los montañeros que han acudido a este Campamento Internacional.

Un ambiente inmejorable reina en el Circo de Gredos. Aunque muchas veces con cuerpos cansados, siempre hay humor, y humor del bueno, para acudir a los Fuegos de Campamento. Forasté los dirige con gracia y amenidad. Y cada uno, cada región, colabora con sus habilidades particulares a que estos Fuegos resulten verdaderamente interesantes y divertidos. El «ukelele» de «Burgos», las guitarras de Avila, las «andaluzadas» de Yoni, los «duístas» de Segovia, los nasales cánticos de los franceses, las napolitanas de un italiano trasplantado a Oviedo, los improvisados orfeones de todas las regiones —en los que las potentes voces vascas quedan a muy buena altura— y hasta las «Veratas» de Guisando, cuyo verdadero mérito debe consistir en que los oyentes no entiendan ni jota de lo que el cantante dice, todo en alegre mescolanza, hace que estas nocturnas reuniones resulten una bella muestra de confraternización y alegría montañeras. Y es el último Fuego ya. Con una seriedad ejemplar y un recogimiento impresionante, rezamos el Rosario por todos los fallecidos en la montaña. Únicamente, el fuego parece ajeno a nuestros muertos. Aunque lo dudo. Y es que, también él dirige sus llamas hacia arriba.

La última Misa nos vuelve a reunir a todos. Con una Salve, al final, cantada por todos, se clausura este Campamento, que, como dijo don Rosendo, forma parte ya de nuestra vida, porque forma parte de nuestro recuerdo. Se arrian banderas. Adiós. Despedidas. Todos prometemos reunirnos en el próximo Campamento.

Nosotros alargamos un poco nuestra estancia en Gredos, aunque por otros lugares. El Torreón de los Galayos nos espera. Allí van a demostrar, una vez más, nuestros escaladores, su habilidad y valía. Agradable travesía, aunque larga, en dirección al Sur de la Sierra. Pasamos por el Refugio del Rey y el de Arenas. Y, al fin, tras interesante recorrido, en el que conocemos muchos parajes de la Sierra, nos encontramos en el Refugio Victory, al pie del Torreón. El refugio está emplazado en un lugar inverosímil. Y lo malo es que está cerrado. Y como no hay espacio material para montar la tienda, no hay más remedio que pasar la noche dentro de nuestros sacos de dormir. Y al raso, claro. Pero, a fin de cuentas, salimos ganando. Gozamos de una noche de excepción. En el cielo nunca hubo tantas estrellas ni tan brillantes. Y desde nuestro camastro, —granito al natural— los Galayos enfrente, como una gigantesca procesión petrificada, pueden servir de fondo a cualquier ballet fantasmagórico. Da pena dormirse. No sé cuando lo hago. Sólo sé que abro de pronto los ojos y el azul del techo, vacío de estrellas, es cielo de Castilla.

Ya es de día, y comienzan los preparativos para la escalada más importante que van a realizar mis amigos. Todo lo hacen rápido. Y empiezan. Los dos hermanos Hospitaler forman cordada con un amigo, aficionado, como ellos, a la cuerda. Ya están muy arriba. Parecen arañas que se pegan a la pared. Todo va como la seda. Y en la bajada, igual. Salgo a su encuentro y doy fe de que ni el pulso, ni el gesto, ni nada, lo tiene alterado. Yo sí. Pero, poco a poco, vuelvo a la normalidad. Mi boca ya no está tan seca. Mi pulso ya es más decente. La escalada al Torreón de los Galayos «nos» ha costado nuestros sudores.

Recogida definitiva de trastos. Y, pian pianito, nos largamos hacia Guisando. Descendemos por un camino que le han puesto de nombre «La Apretura». ¡Y qué bien se lo han puesto! Al final de un barranco de los demonios, malo, pendiente e interminable, el camino se suaviza y empezamos a ver civilización: pinos resineros. Y al cabo de dos horas desde el Refugio Victory, llegamos a Guisando. Pueblecito pintoresco donde la gente habla con acento andaluz. Y es que a esta parte, la zona Sur de Gredos, le llaman la Andalucía de Castilla. En esta comarca se cultiva tabaco, naranjo y limonero. En la parte Norte cabras, vacas negras y piedras.

Viaje de vuelta. Después de muchas horas de tren volvemos a ver las jibas de Urdaburu. Con pena dejamos esta región donde hemos pasado días de verdadero placer. La Laguna Grande de Gredos y su circo, también forman parte de nuestros recuerdos. Y, por tanto, de nuestra vida.

En este Rentería, donde iniciamos nuestros pasos montañeros, rumiaremos despacio, con regusto de cosa bien pasada, nuestras andanzas por la bravía Sierra de Gredos.

ANTONIO SAINZ ECHEVERRIA
del G. M. «Urdaburu»



La "gregaria" por teléfono:

—No, no señor, no están. Los señores de Oteguimendi no han regresado aún de sus vacaciones en Gredos. Los esperamos de un momento a otro.